

CAPITULO 27

Ahora llovía y se abrazaban y besaban envueltos en la pasión que florece y renace después de la tormenta. Porque la tormenta del amor trastorna el tiempo, es torbellino y ni siquiera la muerte sabe dominar. Tendidos en el asiento cómplice, donde se prodigaron caricias hasta alcanzar el placer, retoñó el amor. Se miraban extasiados, cogidos por el torbellino.

—Luis, Luis, te suplico mi vida; llévame a tu cabaña.

—Sí, sí...

En un giraba Luis su vieja camioneta y enfilaba de regreso rumbo al hogar, mientras se ponía a cantar un estribillo. Aunque traicionaba a Javier Alcántara y la ruptura con él sería eterna, se le endulzaba la vida. En tanto, Alondra apoyada su cabeza en el hombro de Luis, sollozaba, aún no convencida de su decisión.

¿Dudas de amor o de sus principios ideológicos? Apenas avanzaban unos metros, caía un chaparrón de agua sobre el vehículo, como si fuese la acumulada en el cielo, desde

comienzos de año.

A causa del inesperado escenario, al borrarse el atajo de una plumada, desde ya convertido en lodazal donde las huellas eran difusas, Luis Onfrey maniobraba sin disponer de la adecuada visibilidad. Conducía, empeñado en darse ínfulas, a una velocidad temeraria. Anhelaba volver pronto a la cabaña con su trofeo de amor. “Mamá, mamá, ella es Alondra de quien te hablé tantas veces, y ha venido a compartir nuestro hogar”.

De improviso se complicaba al conducir, mientras caía sobre ellos otro chaparrón de agua. Al ver una araucaria caída, que obstruía parte del camino, quiso esquivarla sin disminuir la velocidad, entonces perdía el control de la camioneta. Ahí decidió frenar con las ruedas en diagonal, mientras se aferraba al volante y le gritaba a Alondra, que se agachara.

El vehículo patinaba un largo trecho entre barquinazos, tumbos y enseguida, dando vueltas de campana, se precipitaba en la parte más torrentosa del río. Apenas si flotaba unos instantes dando pestañada de adiós, entre tambaleos y se hundía como roca desprendida del cerro.

A la mañana siguiente de la tragedia, cuando escampaba, Javier acompañado de Tintín, salía a buscar leña y encontraba la araucaria que obstruía el camino. Dedujo que el árbol podía haber caído antes que circulara por ahí la camioneta. Alarmado

observaba el sector, como si no lo conociera, el que a diario frecuentaba. Descubría huellas de neumáticos fuera del atajo, en ambos sentidos, lo cual le extrañaba, aunque la lluvia las había borrado en parte.

Cualquiera habría intuido la desgracia. De seguro, pensaba encontrar volcado el vehículo más abajo, con sus ocupantes heridos o muertos, pero no había indicios. Recorría la orilla tan familiar para él, sin embargo, ahora mostraba desolación después de la tormenta. De tanto examinar el área palmo a palmo ayudado por Tintín, vio como el perro traía en su hocico, un zapato de Alondra, que había encontrado en un charco. Ese indicio hablaba, sin equívocos ni recovecos, que se hallaba enfrentado al escenario de la muerte.

Javier Alcántara cayó de rodillas y un llanto de fatalidad atravesaba su garganta. Saetazo del destino. Al observar cerca el hacha, pensó en una locura, mientras gotas de lluvia, lágrimas del cielo, suspendidas de las araucarias, caían sobre su cuerpo. Golpes dirigidos a su recuerdo, a la imagen de quien amaba.

No por haber perdido a Alondra, la dejaba de querer. Ese amor de otoño, había llegado para socorrer su soledad. De golpe se desvanecían las ilusiones y los truenos, iniciaban su recorrido desde las altas montañas hasta la planicie. De tumbo

en tumbo, arribaban el río. Si ella y Luis Onfrey habían decidido unir sus vidas en el futuro, aunque esa actitud lo laceraba, correspondía aceptar la realidad.

Otra vez el desamparo. Debía resignarse a vivir solo, sin escuchar la risa de Alondra, su voz endulzada de música, cuando tocaba la guitarra. ¿Quién iba a cuidar los tulipanes y ordeñar a Choque? ¿Con quién viajaría a Carahue a vender sus artesanías?

En tanto, el río Imperial en su marcha vertiginosa hacia la mar, cumplía el rito de la naturaleza: no detenerse jamás, porque su destino está trazado desde antes de la presencia del hombre en la zona o de aquella ocasión, donde los dioses trazaron su recorrido. Y la obra de los dioses no se puede alterar.

Cuántas veces Javier iba a pescar, creía ver a Alondra, su amada Ondina, lavando la ropa a la orilla del río. Ella lo llamaba para que la ayudase a cargar la cesta con las ropas limpias y le preguntaba si había dado de comer a las aves.

Al llegar el verano, Tintín moría de viejo y Javier lo enterraba junto al meandro, donde había encontrado a Alondra. “Así me vas a avisar, cuando ella aparezca, montada en Curiche”, le habló al pastor alemán, mientras lo sepultaba. Así, todo queda bajo la tierra, sean recuerdos o deseos

incumplidos. A causa de la ausencia, grabada en el horizonte de su vida en orfandad, proseguía tallando sus objetos de artesanía.

Aun cuando lo invitaban otros artesanos a concurrir a la feria de Carahue y le hablaban de divertirse con mujeres, como era habitual entre ellos, se excusaba. “Me pesan los años, compañeros y debo asumir esa realidad”. En cambio, le entregaba sus piezas talladas a un colega de la zona, que se preocupaba de venderlas y socorrer sus necesidades.

A veces le colaboraba en resolver sus urgencias domésticas, le llevaba diarios y revistas. Ahí se enteró de la indagación sobre la muerte de la pareja quemada en un incendio en el Walmapu, donde se culpaba al grupo de Alondra.